

Isabel Allende y Eva Luna, contadoras de cuentos

AGATA GLIGO

La búsqueda del propio destino individual es un tema que ha inspirado gran cantidad de obras literarias, sea a través de antiquísimos motivos, como el del viaje —desarrollado en forma inigualable en *La Odisea*— sea a través de los caminos interiores o espirituales de la novela moderna o contemporánea, en la que, en muchas ocasiones, el argumento ha consistido en el esfuerzo por crear una obra: el destino individual se confunde con el destino literario. Los protagonistas de Proust, Henry Miller y Simone de Beauvoir, narradores en primera persona, luchan por escribir una novela dentro de la novela. En tiempos más recientes, ocurre lo mismo con el personaje Julio Méndez, en *El jardín de al lado* de José Donoso, o con Martín Romaña, el héroe de Bryce Echeñique.

Aunque la tercera novela de Isabel Allende está construida sobre dos historias paralelas— la de Eva Luna y la de Rolf Carlé— y reforzada con numerosas historias secundarias, no me cabe duda que su sentido principal está en la peripecia y evolución del destino de la muchacha. Si bien la aventura de Eva Luna no es nueva en literatura, lo es en cuanto a las características del personaje y al ámbito en que se desenvuelve. Desde luego, se mueve en y desde un mundo que carece de la complejidad intelectual que suelen presentar los protagonistas de historias vocacionales similares. Lleva una vida simple, sin propósitos determinados, entregada a tareas domésticas — un poco sirvienta y un poco enfermera—, abierta a cualquier fantasía

que adorne su limitado espacio cotidiano, como los relatos de su madre primero y los episodios que oye en la radio de la cocina después. Envuelta en tales relatos, se desarrolla en ella el sentido de su propia dignidad y de la libertad, y se perfecciona su innato talento para inventar cuentos: "*Me acurruqué entre los papeles y le ofrecí un cuento en pago de tantas y tan finas atenciones*". La huérfana mira estos episodios —y es sin duda por ello que se ha relacionado *Eva Luna* con la tradición de la novela picaresca española, según leí en alguna parte antes de su publicación— como un producto que puede ofrecer para subsistir: "*¿Tú eres la que cuenta cuentos?, preguntó el extranjero. Para servirte, replicó ella. El hombre sacó cinco monedas de oro y se las puso en la mano*".

El viaje de Eva Luna hacia su oficio es natural, espontáneo, sin solemnidad, sin interrogantes ni metas. No existe en ella el tormento espiritual de los buscadores literarios. Un soplo de ternura alegre la acompaña. Las dificultades de los individuos para la realización de sus destinos personales se encarnan en los tropiezos de la sencilla muchacha contadora de cuentos. En la vida de Eva Luna abundan los cambios de empleos y "permanentes despedidas": sufre lo que sufre la gente común. Sin embargo, la heroína se alza de las páginas con rasgos propios, nacida del lenguaje que la narra: las originales e inesperadas imágenes de las historias que se desbordan fluidamente de la trama principal convergen —con excepciones— en la construc-

ción de una heroína y un entorno muchas veces selvático, siempre puro y primario. Un trasfondo de civismo, modernidad y acontecimientos políticos comunes a nuestra época y a nuestro continente —tratados con pinceladas irónicas y por momentos efectistas— destacan lo que hay de inhabitual y primitivo en la figura de Eva Luna.

El joven que aparece como el amante "*de final feliz*" —según palabras de la propia autora— proviene de un pasado de guerras y realiza en el presente reportajes a una realidad social de la cual la heroína vagabunda ha vivido marginada, pero donde encuentra finalmente la posibilidad de insertarse (¿será la clave de las historias paralelas de Rolf y Eva?) y "*contar su propio cuento*", escribiendo libretos para tele-series:

"Entonces sentí algo extraño, como una brisa alegre por los huesos, por los caminos de las venas bajo la piel. Creí que esa página me esperaba desde hacía veintitantos años, que yo había vivido sólo para ese instante, y quise que a partir de ese momento mi único oficio fuera atrapar las historias suspendidas en el aire más delgado, para hacerlas mías. Los personajes se desprendieron de las sombras donde habían permanecido ocultos por años y aparecieron a la luz de ese miércoles..."

Tal "*final feliz*" —que podría molestar en el incompleto intento de síntesis que implica esta reseña —no molesta en la novela. Concuere con el tono travieso y gozador, con la ternura y el gran sentido de libertad en el amor y en la vida presentes en la exuberante narración. Pareciera que la autora, irónicamente, ha seguido el juego de Eva Luna y le ha permitido detener su historia en ese buen momento. **m**